Un castigo más allá de la muerte

Parte I

La misteriosa mansión de los Grandcroft

*Alguna vez sentí tanta soledad como los libros que estuvieron llenos de polvo en la repisa. Hubo un tiempo en el que mi sola presencia me alteraba los nervios, era horrible estar encerrado en esa casa. Sólo me traía vagos recuerdos de mi penosa existencia. Fui alguien muy importante para una mujer en estas tierras. O eso creía…*

Mi mano continuaba moviéndose sola escribiendo en cursivas, apenas entendibles. Hace apenas treinta minutos que conseguí hablar con él por este medio. Tomaba mi mano de alguna forma y escribía. Ya había llenado más de cuarenta páginas con preguntas que aún continuaban en dudas dentro de mi cabeza.

\*\*\*

Era una mañana hermosa, de esas que sabes que lloverá en cualquier momento. Me había puesto lo primero que había encontrado en mi armario, pantalón de mezclilla, una blusa de tonos azules y mis botas parecidas a las de equitación en tonos marrones.

—No olvides llevarte chamarra hija, o puedes pescar un grave resfriado—.

— Está bien, lo haré mamá—.

Mi madre es una mujer dulce. La adoro en todo sentido, aunque en ocasiones la culpa me invade por tantos secretos que le he guardado desde que comencé a tener conciencia. Decía escucharme cuando lo único que hacía era mirarme con esos ojos de decepción y decirme “estás loca”.

Tomé un trozo de pan y salí corriendo camino a la escuela. Suerte que vivo a unas cuantas cuadras y puedo despertarme un poco más tarde o hasta terminar algunos de mis deberes antes de comenzar mi rutina.

La actividad en la escuela era un completo fastidio. Porque desde que había llegado el chico nuevo, Karen no hacía más que arrastrarse como la zorra que siempre fue. Karen era la típica chica de llamativas curvas que sin ningún esfuerzo eran bendecidas. ¿Y yo? lo único que tengo es la habilidad para dibujar.

Sólo han pasado tres horas y ya quiero volver a casa. Mamá me prometió que prepararía caldo de pescado y con este clima un caldo caliente es como la cereza en la punta de un helado. En el receso siempre me recostaba en el árbol más grande cerca de las canchas y de donde estaba el nido de “arpías”. Bien sé que se la pasan todo el tiempo buscando la manera de burlarse de toda la gente que está a su alrededor.

—¡Hey!, no te lo acabes, ¿no piensas compartirme? —dejé de comer dirigiendo la mirada hacia el origen de la voz—.

—¡Amelia! —me levanté inmediatamente dejando caer mis bocetos.

Amelia se sentó a mi lado a conversar como lo hacía en cada descanso y en cada hora libre de la escuela. No necesito dar tantas explicaciones, es mi mejor amiga desde hace más de 9 años.

—¿Te enteraste del chico nuevo?—.

—Todos lo saben—. Yo masticaba un trozo de emparedado.

—¿No te interesa conocerlo? Se ve interesante—.

Mire de reojo el nido de “arpías”. Era un joven de 18 años aproximadamente. Usaba una camisa negra con el estampado de *Iron Maiden.* Parece que no tiene tan malos gustos musicales. Después de todo también es una de las bandas que escucho.

—Está rodeado de serpientes y gatas, ¿Crees que le interesaría una zafada de la cabeza como yo y de su amiga de la cual su padrino es rey de la mafia?—.

Una sonrisa continuada de una carcajada asomó por el rostro moreno de Elda.

—Quién sabe… podrías usar la música como tema de conversación o llegar diciendo un linda mañana, ¿no? Hasta podrías recrear una escena clásica de los mangas *Shojo*. Con un poco de suerte, hasta seas su tipo—.

Me toque los senos con las palmas abiertas.

—¿Tú crees? —respondí sarcásticamente—.

Ahora sí, la lluvia comenzó. Levanté la vista hacia el cielo, las gotas resbalaban por mi rostro y una sensación de libertad recorría cada parte de mi cuerpo. El frío aumentaba cada vez que pisaba un charco y toda el agua me mojaba más y más. Iba de camino a mi hogar, había llegado a la puerta de mi casa y estaba cerrada. Normalmente si se van me dejan las llaves escondidas en la maceta donde están los tulipanes favoritos de mi madre. Sorpresa, no estaban las llaves.

Comenzaba a tiritar, me abrazaba y volteaba a todos lados en búsqueda de un lugar donde cubrirme del agua. Mis ojos se posaron en aquella mansión. La mansión de la antigua familia Grandcroft que hasta hoy sigue en venta. A pesar de que esta enfrente de mi casa, no me había percatado de los detalles en los pilares.

Me percaté que no venían carros y corrí a su banqueta. Hace tiempo, donde ahora está el vecindario y mucho más, era todo el jardín de la propiedad. La constructora la dejó intacta por rumores y viejas historias, aunque yo digo que es por patrimonio histórico.

Subí por las escaleras y me senté junto a un gran pilar que estaba frente la entrada principal, saqué mi celular de la mochila y llamé a mi padre un par de veces sin respuesta alguna. Después de mi tercer intento un rechinido quebranto mi pequeña tranquilidad. Dejé caer mi celular cuando vi que la puerta estaba completamente abierta.

—¿Hola? Me asome a través de la negra espesura del lugar—.

A pesar del escalofrío que me invadió, la curiosidad me hizo entrar a la vieja mansión. Me alejé tan solo unos metros de la puerta principal hasta donde la luz de la calle alcanzaba a llegar. Había un silencio de ultratumba, la canción de lluvia de fondo y el silbido del viento que se colaba por cada rincón.

Estaba a sólo dos pasos de mi limite visual cuando mi cuerpo comenzó a sentirse pesado. Una corriente de viento hizo bailar las cortinas, mi cabello se estrellaba en mi rostro e hizo cerrar la puerta de golpe. Quedé casi a ciegas y aún sin moverme esperé unos minutos a que mi vista se acostumbrara a la oscuridad del lugar. Al salón lo invadía un silencio aterrador, tanto, que mi respiración hacía eco.

Conseguí moverme un poco y caminé en línea recta tratando de no tirar nada. Aprecié una escalera que llevaba al segundo piso. Cuando di el primer paso para subir, el sonido de metal cayendo me puso los cabellos de punta. Por más que desde mi interior algo me decía salir de ahí, había otra parte de mí que quería investigar. Parecía que provenía del cuarto adjunto y mientras más me acercaba escuchaba como si algo pesado rodara. Una alfombra caía desde el segundo piso hasta mis pies, parecía como si el lugar me invitara a pasearme por cada uno de sus rincones.

No esperé nada y sólo sonreí de una manera estúpida a pesar de que el miedo salía de mi cuerpo en forma de sudor frío. Subí las escaleras corriendo, seguía hasta una habitación donde apenas podía ver que la alfombra comenzaba. Caminé alrededor de la recámara, observé un colchón a medio tender y un escritorio. Me acerqué a este último y había un viejo quinqué, curiosamente aún con aceite. Nunca salía de casa sin un encendedor lo aprendí cuando salía de campamento con mis padres y siempre un poco de fuego sirve para algo. Encendí el quinqué y la habitación se iluminaba lentamente. Se notaba que tenía muchos años de abandonada, a pesar de eso permanecía intacta. Todo parecía estar en su lugar.

Moví el quinqué al centro de la habitación. Me quedé con la boca abierta cuando logré apreciar todas las pinturas que colgaban en la pared. El papel decorativo se desmoronaba un poco, se veía maltratado.

Regresé al escritorio esculcando los cajones, busqué algo que pudiera usar como vela y, encontré velas. Ahora todo lucía más decente, en la cama había un cuaderno de pasta gruesa, parecía un diario aunque algunas páginas estaban manchadas de tinta. Lo tomé.

Seguí con mi recorrido. La lluvia caía más fuerte. Era extraña una tormenta así en esas fechas, normalmente sólo caen algunas gotas.

Me acerqué a la puerta cuando sin más se cerró de golpe, apagando la vela que llevaba conmigo.

—El viento… sí el viento. —traté de darme valor. Encendí la vela nuevamente—.

—Debo darme prisa—.

Salí al pasillo. Eso, eso no estaba así…

Una puerta estaba abierta, asomaba una luz palpitante.

—¿Hola? Perdón, creí que este lugar estaba sólo… ¿Hola?—.

Cada paso que daba se hacía eterno. La quijada me temblaba y mi vela parecía agotarse más rápido.

No podía creer lo que mis ojos veían. Era como un estudio. Había un tintero y una pluma, un libro abierto con páginas en blanco y la silla se movía invitándome a sentarme.

\*\*\*

—No te vez muy bien, —Amelia me tocaba la frente—.

—¿Tendrás fiebre?—.

—No es eso Amelia, le quite la mano—.

—Entonces, ¿qué ocurre? Si no me dices ¿Cómo voy ayudarte?—

Di un gran respiro.

—¿Recuerdas la mansión que está enfrente de mi casa?—.

—La antigua mansión de los Grandcroft, dicen que esta embrujada, ¡buuu!—. movía sus dedos en tono macabro.

—Pues… digamos que tal vez entré y…—.

—¡ENTRASTE A LA MANSIÓN!— su sorpresa llegó a los oídos de todos alrededor.

—¡Ssshh! Sí—.

Se comenzaban a escuchar murmullos de los estudiantes. Hablar sobre la mansión era como un taboo por aquí.

—¿Qué demonios hacías ahí? —Amelia bajaba la voz al darse cuenta que la mayoría nos miraba—.

—Estaba lloviendo muy fuerte y mis padres no estaban. Me quedé afuera y me refugié en el pórtico. Pero la puerta se abrió sola y no lo sé… Algo me llamaba—.

—Así comienzan las historias de terror. ¿Qué tal si algo quiere comerte?—. Sonreía sorprendida.

—Te sigues tomando todo a broma—.

—¿Qué esperabas? ¿Tantos años conociéndome y apenas te das cuenta? —.

Amelia me rodeo con sus brazos delgados.

—Eres de las pocas personas que no han terminado con un ataque de pánico. La mayoría han dicho que ven rostros en todas partes—.

—Quizá porque había muchos cuadros con pinturas antiguas, comenté—.

—… y que se escuchan susurros en todos los rincones—.

—El aire se mete por todos lados creando sonidos y la madera cruje a cada paso—

—Y se cierran las puertas de la nada—.

—Eso es… emm… Bueno no tengo una explicación para eso. Al principio creí que era el viento—.

—¿ Entonces si hay algo paranormal? —.

—Tal vez es sólo lo vieja y antigua que tiene la mansión. La mente juega con la gente—.

—Pero, ¿Viste algo?—.

—Podría decirse que sí, pero quiero asegurarme que no sólo es una idea que me hice—.

—Vas a regresar ¿Cierto?—.

—Sólo para recoger algo que olvide—.

—Esta vez no voy a dejar que un simple libro y una silla que se mueve sola me sorprendan—.

*Maximilian*

*—¡Vaya! Mira quién regresó y debo mencionar que no creí que lo hiciera. Después del susto que le di. Aunque, es la primera persona que me es grata compañía—.*

*—¿Aún no recuerdas, cuál fue el castigo que nos dieron?—.*

*—A ti no te afecta en nada—.*

*—¿Enserio crees eso? Si soy tú—.*

*—Ahora que lo pienso, apareciste desde ese día—.*

*—Soy consecuencia de tantos años de soledad así que soy parte de ti, entonces todo lo que hagas nos concierne a los dos—.*

*—Estas equivocado. Solo a mí—.*

*—Sigues siendo tan egoísta como hace muchos años—.*

*—¡ SAL DE MI CABEZA!—.*

*Silencio.*

*Abrí las cortinas. Un baño de sol me vendría bien, si sólo pudiera sentirlo.*

*—¿¡Hola?!— la joven dama había regresado.*

*—Me asomé por las escaleras. Hoy traía una blusa melocotón tenía unas imágenes distorsionadas, parecían piñas. La joven camino lentamente aunque un poco más segura que la vez anterior.*

*—Luce hermosa bella dama. —Baje las escaleras a recibirla. —¿Hoy no huiras de mí?—.*

*Seguía caminando.*

*—¿Qué tal si charlamos un poco? Vamos acompáñeme. Tengo preparado tinta y un libro. Hace tiempo me dijeron que así podría comunicarme con la gente. -*

*La chica se detuvo, observaba a su alrededor. Su mirada se quedo frente a la pintura de honor. Así se refería mi padre a ese cuadro viejo, decía que nuestra familia mantenía su renombre por el honor. Mi padre estaba en la izquierda, su mano derecha se posaba en su corazón y con la otra tomaba la cintura de mi madre. Mamá sonreía y se posaba en el pecho uniformado de él. Mi hermano y yo estábamos en la derecha nuestra vestimenta fue diseñadas solo para ese momento. Los dos heredamos la cabellera roja de mi abuelo pero yo tenía los ojos del viejo. Mi hermano tuvo más suerte, consiguió la misma mirada dulce y angelical de mi madre. En ese día no conseguí sonreír frente al pintor. Por más que trate esbozarla no lo conseguí y a pesar de sus intentos tampoco consiguió plasmar una expresión falsa en mí.*

*La niña prestaba mucha atención al cuadro, lo examinaba de arriba abajo como si estuviera memorizando cada uno de los trazos. Se movió repentinamente de lugar.*

*—Dónde lo había tirado. —Decía para sí misma—.*

*—¿Te refieres a mi viejo diario? Lo he puesto en su lugar. No es cortes espiar los pensamientos privados de otro. —Hablaba sin escuchar respuesta. No siento diferencia alguna a cuando estoy solo. Desearía mantener una conversación.*

*Subió las escaleras y prosiguió su visita, hecho un vistazo a mi habitación. Tomó el diario de mi cama.*

*—Señorita, eso me pertenece—. Traté de tomarlo pero lo guardo en su mochila.*

*Salió y se dirigió al estudio. Hojeo el libro y movió la silla delante y atrás. ¿Seguirá creyendo que no hay nadie más que ella? Ahora que recuerdo, esa era la silla favorita de mi padre. Cuando era pequeño me subía en sus piernas, decía que yo sería el que portaría el peso del renombre familiar. Aunque a esa edad sólo me apetecía subirme a los árboles y jugar con mi hermano. Como cuando subíamos al gran acre del patio. Siempre se preocupaba de que pudiéramos caer y rompernos algún hueso. Todo le preocupaba, cuando nos escondíamos en la mansión a veces creía que salíamos solos. Sigo sin entender por qué nunca nos permitió socializar con los empleados.*

*Se sentó. La silla crujió como si fuera a trozarse. Tomó la pluma y la sumergió en el tintero.*

*—Mira nada más, entras a mi habitación, robas mis pertenencias y ¿Ahora sí quieres platicar?—.*

*Deslizó la pluma en el papel viejo. Hacía muchas líneas sin sentido, verticales, horizontales y algunas curvas. No había un orden específico. Sólo líneas. No estoy seguro de cuánto tiempo pasó sólo que esa niña me ha dejado impresionado. Había dibujado un rostro. Era yo.*

8 de marzo

Sábado al fin. Si Chelsea no hubiera ido a levantarme seguiría en la cama después de las doce. Saltó a mi cama y movió las cobijas con su hocico. Cada vez que movía su cola, me pegaba en las piernas

—¡Chelsea! Me estás llenando de baba. ¡Uaaagh!. Me daba lengüetazos y se metía entre mis brazos para que la acariciara—. Amo a mi Chelsea.

Sigo sin saber qué clase de perro es, parece una mezcla de pitbull. Yo digo que tiene algo de venado por que salta demasiado para ser un perro común.

Saqué el libro que tomé de la mansión y me dirigí a la cocina. Mi estómago rugía. Abrí el refrigerador y saqué la leche. En un plato serví cereal de chocolate y me lo llevé hasta la mesa. El libro estaba cubierto de piel consumida por el tiempo. Se alcanzaban a leer unas letras en la portada. M.G. Imagino que la G es de Grandcroft ¿Pero la M de que sería?

Abrí el libro, pasaba de página en página lentamente. Tengo el miedo de romper una hoja por accidente. Al fin podré saber algo de ese lugar. Algo más que sólo el nombre de la antigua familia Grandcroft.

La letra se veía un poco difusa pero se lograba leer con dificultad. Daba una cucharada de cereal y proseguí a leer.

*Me siento enfermo. Llevo tres días durmiendo y sigo sin sentirme mejor. Mi madre insiste en ver a un médico, pero estoy seguro que esto tiene que ver con mi humor. No tengo ganas de nada. Mi padre ha decidido en llevarme a la hacienda. pero no me apetece ver esclavos y no resisto cuando veo las heridas que hay en sus cuerpos. Cada vez que mi padre lo menciona le comento sobre dejar a esos hombres libres. Tratan mejor a un caballo que a los niños de cinco años que apenas consiguen levantar una bolsa de patatas.*

*“Tú serás la cabeza de esta familia y será más pronto de lo que crees“, no deja de repetirlo. Sólo tengo 17 años y ¿Tengo que aprender a castigar a un hombre sólo por capricho? ¿Acaso tengo que saber cómo quitarle sus hijos a esas mujeres de piel negra?*

*Creo que ahora ya sé que hacer y mi padre tiene razón. Seré la cabeza de esta familia y lo haré sólo para mostrarle que no necesito ser como él para tener una vida digna y llena de riquezas.*

*Últimamente he tenido deseos de salir de viaje. Mi hermano \_\_\_\_\_ pasado mañana, me dijo que conoció a una hermosa dama. Parece que tiene deseos de casarse. Yo\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_ aún no comprendo. Mamá\_\_\_\_\_\_\_\_ en cada árbol que se observa un brote de fruta. Ella adora las ciruelas y las orquídeas frescas. A pesar de la belleza de mi madre tiene un aroma especial, no lo puedo comparar con lo dulce de las frutas o el olor de las flores, si lo pudiera describir diría que es el atardecer en las costas del mar caribe. Las primeras gotas de una tormenta. Lo fresco de una mañana y la luz de las estrellas en la noche. Es un aroma que oculta a través de sus vestidos pero que su cabellera rubia no deja de esparcir a su paso.*

Hay varias palabras que no alcanzo a distinguir. Cada renglón que leo me eriza la piel. Necesito saber que pasa, estoy tan emocionada como si fuera un libro de ficción de los que usualmente devoro en mis tiempos libres. Así como le daba vuelta a la página la imagen de una familia llego a mi mente. Era el enorme cuadro de la mansión. Aquí escribe de un hermano, el autor debe de ser uno de los dos pelirrojos.

—¡Hija! Ayúdame a arreglar la cocina—.

—Si mamá—.

\* \* \*

10 de marzo

—Lindos tenis—. –

Lo miré a los ojos. Tiene más de un mes en la escuela y es la primera palabra que cruzo con él. Normalmente está rodeado de chicas de grados superiores, pero esta vez estaba solo.

—Gracias—.

—¿La tienda roja frente al Starbucks?—.

—Eh… sí—.

—Tengo años comprando camisas ahí y sigo sin aprenderme el nombre—.

—Según yo, nunca ha tenido un nombre definido—.

Iba de camino a la biblioteca, el profesor de biología me había encargado regresar unos libros y sigo sin creer que de sólo verlo me haya dirigido la palabra.

—¿ Necesitas ayuda con eso? —. Señalo la pila de libros.

—No te molestes. Soy fuerte—. Sonreí y seguí mi camino.

—Si que tienes prisa—. El chico caminó a mi ritmo.

—Un poco—.

—Eres Danna ¿Cierto?—.

—No sabía que mi nombre era popular por aquí—.

—Karen habla de ti. Aunque imagino que eso no te importa—.

—De hecho. —No conseguía despegar mi atención en su voz—.

Era profunda y suave a la vez. Lo mire de pies a cabeza disimuladamente. Tenía el cabello alborotado por debajo de sus oídos y negro. Me recordaba a la sedosa cabellera de Amelia, no sé por qué me llego a la mente que tendría el mismo olor a shampoo de flores silvestres. Solté una leve risa.

—¿Dije algo gracioso?—.

—No. Pensé en algo—.

El chico me miró curioso. Parecía interesado en las tonterías que salían de mi boca. Llegamos a la biblioteca y terminé mi encargo. Ya con esto puedo irme libremente a mi casa tengo que terminar de leer ese diario. Siento que estoy a sólo unos pasos de…

—Dime que pensaste—.

Su voz interrumpió mis pensamientos.

—Es algo muy tonto—.

—Tú sólo dilo. Has despertado mi curiosidad, hazte responsable—.

—¿Y si me reusó?—.

—No lo sé. No creí que fueras a reusarte—.

—¿Crees qué por tener una cara bonita todas las personas harán lo que tú quieres?

—¿Tengo una cara bonita?—. Vomitaba sarcasmo en toda su expresión.

—Ahora ya no—. Le saqué la lengua.

Cuando voltee al frente me encontré con la persona menos deseable en ese momento.

—¡Oh! No sabía que eras amigo de la rara—.

—Me tengo que ir—.

—Espera—.

—Déjala Eloy. Las chicas y yo pensamos en ir al cine, también vendrán Michael y sus amigos ¿Quieres venir?—.

Dejé de escuchar en cuanto di la vuelta en el pasillo. Pasé al salón de Amelia, en cuanto dijeron cine la boca se me hizo agua al pensar en las palomitas. Me gustaría ver una película en mi casa aprovechando que no tengo tarea. Pasé a su salón, todos los alumnos guardaban sus cosas y hacían planes para la tarde. Parece que no soy la única sin deberes.

—¡Danna! —, se lanzó a mis brazos.

—Amelia ¿Tienes planes para la tarde?—.

—Lo siento. Mi padrino llegó hace rato a mi casa y dijo que quería hablar conmigo. Creo que iremos a comer a un restaurante. Te prometo que mañana voy ¿sí?

Caminé lentamente a mi casa. Hacia mucho viento, parece que la lluvia volverá. Recordé cuando entre por primera vez a la mansión, aun tengo muchas dudas sobre ese lugar y mis ganas de saber por que termino abandonada. ¿Sera que se mudaron? Aunque eso suena muy obvio. Pero no, estoy segura de que fue por algo mas. Maldigo a la curiosidad que me acosa.

\* \* \*

—Danna. Tengo que contarte algo—. Eran las cinco de la tarde y Amelia estaba parada en mi puerta.

—¡Mamá vino Amelia!—.

—Hola Amelia, tenías mucho tiempo que no nos visitabas. —Mi madre se acercó a darle un abrazo—.

—Siéntete como en casa—.

—Muchas gracias Señora. Con permiso—.

Fuimos hasta mi habitación. Cuando abrí la puerta Amelia soltó un grito de sorpresa.

—Tú… tu cuarto—.

—¿Qué tiene mi cuarto? —Observé detenidamente mi habitación. No había nada diferente a otros días. Las paredes seguían azules, la colcha seguía siendo morada, mi closet lleno de ropa, aunque usualmente uso las mismas tres blusas a pesar de las diez que tengo—.

—Está limpio—.

—¿Ok? Y dime, qué era lo que me tenías que contar—.

Amelia se quitó los tenis y se dejó caer a mi cama. La seguí, tomé una almohada y me acomodé sobre ella. Amelia se recostó sobre mí.

—No sé cómo explicarlo—.

—¿Es algo malo? —.

—Así que digas que horrible no. Pero a la vez sí—.

—Escúpelo de una vez—.

—¿Recuerdas que te dije que mi padrino vino desde Europa? Pues… emm.. No sé como decirlo. —La voz de Amelia comenzaba a romperse. Sus ojos se comenzaron a llenar de lágrimas—.

—Saldré de viaje Danna. Me mudaré con mi padrino a Inglaterra—.

—¿¡QUÉ?! No te creo. ¿Es una broma verdad? —Amelia se levantó para abrazarme—.

—No lo es. Estudiaré allá y trabajaré con mi padrino. No te molestes, es sólo que es una gran oportunidad para mí y mi mamá también está de acuerdo—.

—¡No quiero que te vayas! ¡Eres la única que me mantiene cuerda aquí!—.

—Danna….—.

Se hicieron las diez, escribí y dibujé hasta que me dolieron las manos. No sabía cómo quitar mi impotencia. Quisiera ir con ella. Fueron 9 años que le compartí mi vida, es la única a la que llamé amiga y ahora se va. Ahorraré el dinero que consiga y trataré de viajar lo más que pueda con Amelia. Aunque de alguna manera sabía que algo así pasaría. No conozco muy bien a su padrino, sólo sé que tiene mucho dinero y negocios en todo Europa y en algunas partes de Norteamérica. Es viudo y nunca tuvo hijos. Cada año viene a visitar a la familia de Amelia y creo que siempre la ha visto como si fuera su hija. Una vez estuvo hospitalizado aquí y ella siempre estuvo a su lado. Pasaba las noches de la sala de espera a su habitación establecida y al día siguiente llegaba a la escuela sin dormir. Una noche la acompañé, los hospitales tienen un aire muy deprimente pero alegre a la vez. De ahí se va mucha gente y otra llega a este mundo. Las camillas salían con gente en mantas y al mismo se escuchaban llantos de bebés. En ese instante sólo queríamos evitar el viaje de su padrino.

Ni siquiera alcance a disfrutar de una película con ella. Ahora la escuela será un lugar muy deprimente. No quiero que sea mañana, no quiero regresar a la escuela.

\* \* \*

Era de madrugada y el aeropuerto estaba repleto de varias multitudes. Caminé junto a mi madre recorriendo cada una de las puertas. Buscaba el rostro de Amelia antes de que fuera demasiado tarde.

—Te quiero mucho mamá—.

—Ten mucho cuidado hija—.

—¡Amelia!—.

—¡Danna!, —Amelia corrió a mis brazos—.

Derrame lágrimas en su hombro. Quería que mis brazos pudieran retenerla aquí.

—Te prometo que vendré todas las vacaciones—.

—Y ¿Qué hare ahora sin ti?—.

—Tienes que acabar la preparatoria, después hablarle con mi padrino para que estudies la universidad conmigo. Tienes que escribirme todo lo que veas y contarme todas tus aventuras. Mostrarme tus nuevas ilustraciones y creaciones. Todo lo que haces es ms interesante que mis tardes entre papeles. —Sonrió secando mis lágrimas—.

—Además hay una mansión que tienes que explorar—.

—Aún no te has subido al avión y ya te extraño—.

—Sigues siendo muy dramática. —Me dio un beso en la mejilla—.

—Amelia ya es hora de irnos. Hasta luego Danna no te preocupes la cuidaré muy bien. —El señor se despidió con un abrazo de la madre de Amelia. Aquel hombre maduro que Amelia tanto aprecia la tomó del brazo y subieron al avión, parecían padre e hija.

Estaba feliz por ella pero eso, no quitaba lo inútil que me sentía.

\* \* \*

—¿Te ocurre algo? —Una sombra cubría el sol que me daba directamente.

Deberías de moverte, podrías sufrir de quemaduras graves—.

Llevé mis ojos hacia él. Me levanté tomando mi mochila.

—Tienes dos días así. No hablas con nadie y no prestas atención en clase. ¿Qué tanto haces en tus cuadernos que te veo escribiendo? —.

—¿Tanto te interesa? Solo dibujo. No me siento bien—.

—¿Estás enferma?—.

—No—.

—¿Quieres hablar?—.

—Dime. ¿Ellas te mandan a platicar conmigo para molestar? Sé honesto—.

—No. Sencillamente pienso que eres interesante, busco cualquier pretexto para no estar con ese grupo de personas—.

—¿En serio?—. No estaba segura si el chico de ojos oscuros decía la verdad.

Podría ser una trampa para ser el objeto de burla de Karen. Nunca me he llevado bien con ella, es como si fuéramos polos opuestos. No tengo razón para odiarla pero tampoco me agrada mucho que digamos.

—Eloy, perdón por ser tan cortante. No te conozco mucho y la verdad no confió mucho en la gente—.

—No te preocupes, suele pasar—.

Hubo un pequeño silencio.

—Por cierto, aún no me cuentas lo que pensaste el otro día. —Solté una carcajada al escuchar esas palabras—.

—¿Puedo oler tu cabello?—.

—¿Eh? Eso fue lo que pensaste—.

—No exactamente, pero quiero confirmar algo. ¿Puedo?—.

—Adelante—.

Me acerque tomándolo del hombro, pegue mi nariz un poco. Su cabello si era suave como el de Amelia pero el olor variaba un poco. Era como de desodorante masculino, no recuerdo muy bien la marca pero la etiqueta era negra con azules brillantes, mi hermano lo usaba muy a menudo.

—¿Y bien?—.

—Tu cabello no huele a florecitas—.

Reía. Desde que vi a Eloy por primera vez siempre estaba serio o mostraba muy leves sonrisas, pero esta vez parecía que le habían contado el chiste del año. Eloy me ofreció su mano para levantarme, no dude en tomarla y nos fuimos a sentar a una de las bancas que estaban vacías. Ya sólo quedaban unos minutos para que comenzara la siguiente clase. Eloy me platicaba sobre su familia, sus padres casi nunca estaban en casa. Ambos trabajaban en diferentes empresas y cada uno tenía días de descanso diferentes, es por eso que no había mucho tiempo para convivir. Él se encargaba de todas las tareas del hogar, a pesar de que él quería comenzar a trabajar para ayudarlos económicamente sus padres lo convencieron de que se esperara a estar en la universidad.

—No soy tan mal cocinero. Mi especialidad son las pastas—.

Sabía mucho de cocina y admitió que tenía un cuaderno con más de quinientas recetas. Amelia tenía mucha razón, era un chico interesante.

\* \* \*

Te extraño mucho. Se leía en la pantalla de mi celular. Amelia no ha dejado de enviarme mensajes desde que tomó el avión. Casi veinticuatro horas de viaje, imagino que un recorrido así debe sentirse como una eternidad. Eran las 3:40 p. m, tal vez podría darme una vuelta a la mansión, podría encontrar más libros que pueda leer. Pasé a mi casa, tomé una escoba, el recogedor y varias bolsas negras de basura. Sé que tardaré una eternidad, además de que es propiedad privada. Pero no creo que es ilegal limpiar un poco y menos si voy a empezar a pasar más tiempo en ese lugar.

Subí las escaleras para llegar a la puerta principal con las manos ocupadas. Dejé de lado los instrumentos de limpieza y trate de girar la perilla. Estaba cerrada. ¡Demonios! Justo cuando estaba más decidida que nunca. ¿Habrán descubierto que entré sin permiso? No me importó y forcé la perilla sin éxito. Al cabo de un rato la chapa giro por sí sola, crujió lentamente. Esperé encontrarme con alguien molesto en la entrada, pero sólo un viento cubierto de polvo asomó. Di un gran respiro y entre nuevamente a la gran mansión.

Abrí todas las cortinas del salón principal y comencé a mover los muebles a las orillas. Mi objetivo era acomodarla para tener una idea más acercada de cómo se vería el lugar en su época dorada.

-¿Enserio está pensando en limpiar? Este lugar tiene mas de cien años de polvo y crees que en una tarde podrías desacerté de el. ¡JA! –

Gire un poco, creí haber escuchado una voz en susurros. Estaba decida, el tiempo pasó volando y de la misma manera que el polvo. Los libros se veían hermosos acomodados en todas las repisas del lugar. Los rojos de las paredes se veían más vivos con el sol. Retire las mantas sobre los muebles y las dejé tendidas en los ventanales. Un poco de luz y el aroma de encerrado desaparecerá.

Se hicieron las siete y me sentí satisfecha de sólo ver la primera planta completamente acomodada. Con la vista di un último recorrido para ver si no faltaba nada. Había tomado fotografías del antes y del después para enviárselas a Amelia. Estoy segura que me seguirá diciendo loca, al menos si este lugar sigue sin dueño lo podría utilizar como una base secreta. Nadie se atreve a entrar aquí, además podría pasarme todas las tardes leyendo aquí. Tomé mi mochila y me dirigí a la puerta.

Ya no sé si asustarme o sólo sorprenderme por las cosas inexplicables que veo. La ventana de la sala estaba empañada y parecía como si alguien hubiera escrito con los dedos: ME GUSTARIA VERTE MAÑANA OTRA VEZ.

\* \* \*

No pude dormir esa noche. A cada minuto veía la gran mansión a través de las cortinas de mi habitación. Abrí la laptop de mi escritorio, hice algunas de mis tareas aprovechando el insomnio y curiosamente Amelia estaba conectada en la ventana de chat.

Danna: ¿Amelia? ¿Estas?.

Amelia: ¡Danna! ¿Qué no deberías de estar dormida? Son como las tres de la madrugada allá.

Danna: No puedo dormir. Pero ya que estás aquí te quiero mostrar algo.

Amelia: ¿Mmm? ¿Ahora qué hiciste? xD. *Enviando fotografías.*  *Espere un momento hasta que se cargaron las imágenes.*

Amelia: ¡Debes de estar bromeando! ¡No puedo creer que limpiaras la mansión!

Jajajajaja. Hasta me cambiaste por otro amigo.

Danna: ¿Otro amigo? ¿De que hablas?

Amelia: No me engañes. ¿Quien te ayudo a limpiar?

Danna: Nadie, fui sola como siempre.

Amelia: ¿Y quien es él? Mira la tercera foto en la que se enfoca los bordes de una puerta.

Se me dificultó pasar saliva. Se veía claramente la figura de un hombre asomándose por la puerta, se apreciaba un poco borroso como si estuviera en movimiento. Cambié de fotografía buscando si aparecía en otra.

Amelia: ¿Danna?

Danna: Es uno de ellos.

Amelia: ¿De quiénes?

Danna: Envió una foto.

Danna: De ellos. En la sala principal hay una enorme pintura de una familia. La madre, el padre y después están los dos hijos, ambos pelirrojos. Alguno de ellos tiene que ser el de la foto.

Amelia: Danna... Eso está comenzando a asustarme. ¿Enserio crees qué es un fantasma que tiene desde antes de la independencia de México rondando por los pasillos de ese lugar?

Danna: No lo había pensado de esa manera, pero creo que si. Incluso cuando salí ayer de la mansión alguien escribió en una ventana empañada, “Me gustaría verte de nuevo mañana”.

Amelia: ¡Danna eso es grave! Alguien te está siguiendo.

Danna: No lo creo. Bien se sabe que todos los que entran terminan inconscientes, tiene años que han hecho experimentos, videos, documentales y han tratado de derribarla sin éxito. ¿Por qué yo no? Tengo como una semana entrando y saliendo, leyendo los libros y hasta limpie la parte de abajo. ¡Estoy segura de que hay un espíritu!

Amelia: Sólo porque la televisión diga eso no significa que es verdad.

Danna: Pero yo lo estoy viviendo. Buscaré la forma de hablar con él.

Amelia: Danna, ya enserio. Déjate de esas tonterías, eso no terminara bien.

 Danna: Está bien.

Amelia: Recuerda que me habías prometido no meterte en problemas. Además, ya estoy preparando todo para las vacaciones. Me gustaría que vinieras. Mi padrino me ha llevado a un sin fin de lugares.

La conversación se alargó tanto como las siguientes dos horas lo permitieron. Caí dormida sobre el teclado. Cuando me levanté sólo vi una línea de conversación sin fin con muchos *akdjssd* escritos. Sé que Amelia no cree en ese tipo de cosas, pero si me están ocurriendo tal vez es una señal de que sí existen.

Abrí el explorador de internet, escribí *Como hablar con fantasmas* y salieron más resultados basura de los que creí. La mayoría hablaban de guijas y demonios, la verdad no sabía exactamente qué buscar. Había demasiadas advertencias sobre no hacer contacto cuando uno se siente débil porque el espíritu podría poseer el cuerpo, no practicarlo sólo, etc. En mi caso no puedo llevar a nadie más. Busque de nuevo en *google* el documental sobre la mansión de los Grandcroft, ese video fue el que la hizo famosa, además de todos los videos de varios *youtubers* que se trataron de hacer los valientes. El documental no pasa de una hora y aún faltan dos horas más para que las clases comiencen.

\*\*\*

—¿Danna?—.

Apenas logré levantar la mirada. Sé que aunque no tenga sueño, tengo que forzarme a dormir en las noches, si no esto pasa. Estaba tirada en el pasto bajo la sombra de uno de los árboles de la escuela.

—Hola Eloy. ¿Qué hora es?—.

—No te preocupes, aún falta para la última clase. Tienes suerte de tener dos horas libres—.

Alcancé a incorporarme un poco y me tallé los ojos. Di un gran bostezo cuando Eloy se río sentándose a mi lado.

—¿No dormiste anoche verdad?—.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso me espías? — Sonreí.

La mirada de Eloy se sentía diferente el día de hoy.

—No, pero internet no miente. Estabas conectada cuando me fui a dormir y cuando me levante seguías igual. Mmm. ¿Qué es eso? —. Eloy señalaba mis apuntes.

—Ayer estaba viendo varios videos y escribí datos importantes—.

Eloy tomó las hojas y comenzó a leerlas.

“Extrañas apariciones en una mansión de la ciudad”.

Entraron 5 personas y el camarógrafo. Cada vez que se adentraban más en la mansión el aire se tornaba frío. Había puertas que estaban completamente bloqueadas. Al comienzo las personas se veían emocionadas, decían que era una mansión construida aproximadamente en los 1780 y que pertenecía a un tal Maximilian Grandcroft, heredero de una gran fortuna y de muchas tierras en todo México y en Cuba. Habían terminado su recorrido por los 3 pisos cuando se acercaron a la puerta que da al sótano. Cuando se dieron cuenta de que estaba cerrada, trataron de forzarla. Los vidrios comenzaron a crujir y se escuchaba como silbidos de aire. Una de las personas comenzó a marearse, le decía a sus compañeros que no se sentía bien. Una mujer que iba con ellos trato de tranquilizarlo y lo acercó a uno de los sillones. El sillón se movió de la nada hacia atrás. El camarógrafo rogaba para que salieran del lugar, pero el otro hombre insistió en abrir el sótano. El tipo que estaba mareado cayó al piso en convulsiones, después el joven que estaba más cerca del hombre que forzaba la puerta, se tomo de la cabeza y termino de rodillas con la mirada perdida. El camarógrafo salió corriendo cuando se frena en la puerta. Una figura le impedía el paso, los ojos del extraño hombre brillaban con la luz de la cámara y de la nada se apaga todo.

Mencionan que cuando el equipo de grabación entró a buscarlos, todos yacían en el piso en el mismo lugar que se quedaron en la grabación.

Después de ese incidente, se trató de vender la mansión a un precio que era una ofensa para el valor histórico que tenía. Pero el tiempo paso y nadie se veía interesado en una mansión “embrujada“. Varios agentes del gobierno llegaron a la conclusión de tirar la mansión. Se llevó maquinaria para comenzar a derribarla desde afuera y varios trabajadores comenzaron a sentir mucho calor. La grúa demoledora ya estaba en posición, cuando se disponía a dar el primer golpe, inexplicablemente, la grúa se apagó y la bola gigante cayó al piso creando una agujero que llenaron en los próximos días. Afortunadamente ningún trabajador resulto herido. La siguiente opción fue explotarla con dinamita y de igual manera no funcionó. Las bombas no detonaban. Por último entraron 30 trabajadores a destruirla desde dentro, nadie sabe por qué pero no pasaron ni 20 minutos que habían entrado cuando salieron corriendo despavoridos. Juraban haber visto a un hombre de gran sonrisa que les pedía de forma educada salir del lugar. Decían que uno de los empleados se acercó para decirle que tenían órdenes de derribar la casa que él debía de salir del lugar. “No puedo hacerlo. Si no hacen lo que yo les digo él se fastidiara, nunca le han gustado las visitas”, hablaba el extraño hombre sonriente. “Muy tarde, ya se ha fastidiado”, el hombre caminó por un pasillo, cuando el papel tapiz de la habitación se rasgaba en presencia de los todos. Específicamente uno de los empleados —se llamaba Luis— trató de convencer a los demás de que eran simples trucos de alguien para que no derrumbaran el lugar, los trabajadores se acercaban cada vez a más a la entrada principal. Luis al ver esto, lanzó un golpe a una de las paredes con la maza, a pesar de la fuerza no tocaba la pared y Luis no podía moverla. La soltó alejándose dudoso, los demás empleados salieron corriendo dejando a Luis atrás. Había pasado una hora cuando el jefe de la empresa llegó preguntando la razón de que la mansión estuviera aún en pie. Le explicaron lo sucedido y entró furioso a la mansión. Encontró a Luis inconsciente con la maza en la espalda. Cuando lo llevaron al hospital tenía las costillas fracturadas y varios golpes en el cuerpo. Recuperó el conocimiento dos días después.

Entrevista con Luis Galeana empleado de demoliciones y excavaciones Alhaja.

Policía: Señor Galeana. Díganos que fue lo que pasó durante el intento de demolición.

Luis: ¡No regresaré a ese maldito lugar!

Policía: No señor, le aseguro que no lo hará. ¿Qué fue lo que le pasó cuando sus compañeros lo dejaron dentro la mansión? ¿Quién lo ataco?

Luis: Cuando mis compañeros salieron, el hombre sonriente regresó. Seguía sonriéndome, esos dientes rechinantes, aún los escucho en las noches.

Luis se tomaba de los oídos como si pudiera sentir el sonido. Hablaba con alguien. Le decía que no podía terminar con una vida humana que eso atentaba con las reglas de Dinorah, escuché que la maza había caído al piso y cuando voltee un hombre pelirrojo me dio un golpe en el torso con la maza.

Policía: ¿Podría describir a ese hombre sonriente y al pelirrojo, por favor?

Luis: El hombre sonriente se veía de aproximadamente unos veinte años. Tenía el cabello negro corto con un estilo parecido a los jóvenes de ahora. Usaba una playera negra con una imagen de Batman y un pantalón de mezclilla un poco desgastado. No recuerdo que traía en los pies, ni siquiera sé si le miré los pies. —Luis comenzaba a presentar un tic nervioso en los ojos—.

Policía: ¿No recuerda alguna otra característica? ¿Color de piel? ¿Ojos?

Luis: ¡SUS OJOS! —Luis se alteraba cada vez más—. Uno era azul y el otro era morado, pero no tan oscuro.

Policía: Señor tranquilizase, todo está bien. —En la escena aparecían dos enfermeras tratando de acostar nuevamente a Luis—.

Enfermera: Creo que debería dejar las preguntas para después oficial.

Policía: Solo una cosa más. ¿Qué hay del pelirrojo?

Luis: No tenía cuerpo. Solo alcance a ver el cabello y la maza golpeando mi torso.

Eloy se veía un poco sorprendido, alcancé a notar que tenía la piel de gallina en sus brazos. Bajó lentamente las hojas.

—Es el documental de la mansión. ¿Enserio has estado dentro?—. Eloy pasaba saliva.

—Si—. Asentí con la cabeza.

—La verdad solo creí que tu amiga lo había dicho de broma. Pero ¿Cómo? Entonces todo esto es falso—.

—No lo es. Cuando estaba dentro de la mansión sí que había algo, pero a mí no me ha pasado nada de lo que le ocurre a esta gente. Si se movieron cosas pero no he visto nada. Bueno, excepto esto—. Saqué mi celular poniendo la imagen que le había mandado a Amelia.

—¿Tú la tomaste? Es, es como lo describen en tus apuntes. Un tipo pelirrojo, pero ¿Qué hay del hombre sonriente? ¿Lo has visto?—.

—Eso es lo que más me extraña. No lo he visto. Tal vez es porque ellos querían dañar el lugar y él sólo la estaba protegiendo—.

—Vamos a la biblioteca—.

—¿A qué?—.

Eloy se sacudía la tierra y el pasto. Me ayudó a guardar todas mis cosas y tomó su mochila.

 —Antes de resolver un misterio es bueno saber sus orígenes. Necesitamos saber más sobre el dueño de la mansión, vamos a buscar quien es Maximilian Grandcroft—.

Neera

Parte I

El aire silbaba diferente esta ocasión. Los árboles se agitaban al ritmo del viento, de alguna manera parecía que danzaban de un lado a otro presumiendo la espesura de su follaje y dejando a su paso algunas flores y hojas de colores que volaban más allá del alcance de mis ojos. La lluvia se estampaba en mi rostro dejando una huella fría en cada golpeteo. Me alejaba un poco del camino empedrado, momentos como este no deben perderse y pensándolo bien abandonarme un poco en la soledad no me haría daño.

Bajaba tranquilamente por una cuesta un poco empinada tratando de sujetarme de algunas raíces sobre expuestas. Cuando iba a la mitad del camino, una de las ramas se rompió y mis sandalias no soportaron lo resbaloso del musgo. Tropecé y no sé cuántos giros di hasta llegar a lo más profundo de lo que en días soleados sería el claro. Me levanté del suelo lodoso observando las heridas que había sufrido mi vestido y algunos cuantos raspones que me había provocado la caída en mis pequeñas rodillas. Algo andaba mal.

El viento dejó de cantar y las gotas de lluvia se habían vuelto calientes. Los árboles dejaron de moverse con gracia, sus ramas agitaban violentas y algunos truenos resonaban en el cielo. Caminé un poco más profundo tratando de salir del fango. Trataba de limpiar un poco mi rostro, cuando me detuve en seco al escuchar ese susurro.

El chirrido de cuerdas balanceándose de lado a lado. Un rayo iluminó el paisaje permitiéndome admirar tres siluetas que flotaban una frente a otra. Me quedé quieta, ahora entiendo porque el bosque estaba tan agitado. El aroma a muerte comenzaba a esparcirse.

\* \* \*

Neera, fue el nombre que se me otorgó cuando me entregaron a los brazos de mi nueva familia. En ese entonces tenía 5 años y según mi madre duré más de un año en hablar y otro medio más en regular mi alimentación. Realmente no recuerdo nada y sólo conservo, hasta hoy, unas cuantas fotografías de mí cuando no era más que un ratón con una mota de pelo gris en la cabeza. Me veía escuálida y parecía que con cualquier movimiento en falso fuera a romperme.

Mi nuevo hogar había sido una tierra inhóspita. Era una casa enorme rodeada de un bosque y muchos tipos de hierbas que crecían en las paredes. La costa se encontraba a unos cuantos minutos y por la borda se podía llegar a entrar a la verde espesura.

Cuando conocí por primera vez a mi nueva casa una mujer me esperaba en la puerta junto con otras dos criaturas un poco más grandes que yo. Un par de gemelas rechonchas pelirrojas las cuales compartían una hermosa mirada azul llena de inocencia, que con el paso del tiempo descubrí algo más que ternura en su regazo y una pasión prohibida que recorría sus faldas en los cuartos vacíos del servicio.

Cada mañana se desayunaba a las 7:30 siempre puntuales para comenzar con las labores de casa mientras el marido de mi nueva madre salía a trabajar a las minas. A mí, me tocaba lavar los pisos y darle de comer a las vacas, aunque por mi tamaño, una de las gemelas terminaba ayudándome a cargar el balde de comida de los rumiantes. Cerca de las 5 de la tarde hasta el anochecer lo tenía libre. Salía a jugar con las mariposas del prado, a esa edad aún me daba miedo aventurarme sola en las profundidades del bosque así que me limitaba a solo bordear los primeros árboles, giraba a su alrededor hasta aprendí a moverme entre sus ramas como un mono en la selva.

—¡Mira nada más como te ves! —. Mamá me regañaba casi a diario.

Cuando regresaba de jugar no me daba cuenta de las manchas de lodo, ni siquiera que me faltaba un zapato o de los raspones en los que la sangre asomaba por mi piel. Las gemelas sólo se limitaban a mirar de reojo desde la sala. En cada ocasión me gritaban y daba tres nalgadas que me dejaban marcas por una semana. Subía llorando las escaleras y me hacía bolita en un rincón hasta que las gemelas subían y se acurrucaban conmigo. No entendía que hacia mal, ¿Jugar es malo? Aunque debo admitir que disfrutaba la calidez de estar entre las pieles de sus brazos y sus pechos voluminosos. Me contaban historias al mismo que las actuaban, cepillaban mi cabello y me ayudaban a ponerme la ropa de noche. Lo que más me gustaba era que se quedaban hasta que me quedara completamente dormida.

A la mañana siguiente no había pruebas de que estuvieron en mi habitación, excepto por el perfume de vainilla y canela que usaban a diario, ese aroma quedaba impregnado en las paredes y en mi ropa. Cada mañana que ocurría la misma historia olfateaba mis camisones y los pasaba rosando desde mis mejillas hasta mi pecho. De alguna manera durante mis primeros años en esa casa, esas gemelas se convirtieron en la parte principal de mi mundo.

El tiempo pasaba y apenas crecía unos cuantos centímetros mientras que las gemelas se hacían de caderas pronunciadas y traseros grandes y redondos. Con piel lechosa se hacían más atractivas y hermosas mujeres del pueblo. Y la dulce esencia que dejan a su paso. Sus nombres eran Karida y Clementina, prefería abreviarlos a Kari y Clen. Es sencillo diferenciarlas cuando están en la ducha. Ya que Kari adora su cabello suelto y Clen prefiere trenzarlo.

Llegó el día de su cumpleaños dieciséis y mi madre me hizo acompañarla al mercado para los ingredientes de la cena. Me gustaba ir al mercado. Era un tumulto de gente por doquier y señoras gritando como si cantaran. Cada vez que íbamos mamá me compraba una paleta multicolor que saboreaba en tiempos y me duraba más de una semana, lo que sería la siguiente ocasión que vendríamos al mercado.

El trayecto por los puestos fue más largo del normal. Mamá había dicho que prepararía su estofado de carnes y mariscos especial y que necesitaría muchos ingredientes, especialmente los dos más importante de todos langostinos del sur y cacao. Después de que mamá compró mi dulce llegamos hasta un puesto repleto de frutas y verduras. Las manzanas lucían exquisitas y el color de los pimientos los hacia parecer de juguete. Cuando mamá estaba hablando con el dueño me encontré con unos extraños ojos verdes, de piel morena y un cabello alborotado que parecía que las olas del océano lo habían arrastrado por un buen tiempo. Acomodaba unos costales de papas, parecían pesados por la forma en como fruncía el ceño cada vez que levantaba uno.

Sin darme cuenta mamá me jalaba de la mano alejándome cada vez más del chico que me cautivo a simple vista.

Eran alrededor de las seis de la tarde y el estofado hervía dentro de la caldera. Habían asistido casi todas las familias del vecindario a festejarle a las gemelas. De cierta manera era obvio. Esas dos eran la bondad pura, no sabían decir no, cuando alguien necesitaba ayuda y nunca habían dudado en desobedecer a nuestra madre. Hasta el mismo padre de la iglesia aseguraba que eran ángeles venidos a salvar esta tierra y yo le daba la razón. Esos ángeles me protegían y me ofrecían el cariño que mamá olvidaba darme, incluso esa noche me hicieron sentir más que eso. Fue una pequeña travesura o eso quiero pensar.

La fiesta se prolongó tanto como la noche. No había ni una persona sentada, todos bailaban al compás de la música que se tocaba en vivo. Los gritos, las caídas y los hombres completamente ebrios hacían ligero y muy agradable el ambiente. La diversión no cesaba, mamá no paraba de reír, la gente no dejaba de comer y yo caí rendida en una mesa dentro de un sueño ligero. Alcance a sentir como alguien me levantaba en sus brazos llevándome a una de las habitaciones extra del servicio. Me retiraban las zapatillas rojas que usaba para la ocasión, junto con el vestido, dejándome sólo en mis bragas. Alcancé a observar dos siluetas que cerraban la puerta de la manera más cautelosa posible.

Mi curiosidad lastimaba mis ganas de quedarme dormida en la cama. Me hizo levantarme y caminar hasta la puerta. La abrí con el mismo cuidado, esperaba que las luces estuvieran encendidas pero sólo había penumbra en el pasillo. Comencé a escuchar algunas risas y algunos de los resortes de un colchón crujir. Me detuve frente a la puerta de donde provenían las voces, la abrí despacio. Mis ojos se acostumbraban a la oscuridad y fue cuando note como dos sombras se movían en la oscuridad jugaban entre las sabanas de la cama de servicio.

—¿Ahí? —.

Su voz me era familiar. ¿Acaso era Kari?

—Un poco más abajo—. Susurraban.

Jugueteaban entre ellas, no alcance a ver mucho detalle, sólo las veía enredadas en sus brazos y piernas.

Empuje demás la puerta y noté como se habían percatado de mi intromisión. Las gemelas se detuvieron en seco y bajaron de la cama un poco temblorosas.

—¿Neera? —.

—Kari… nos descubrió—.

—¡Sssshh!—.

—¿Descubrir? ¿Qué estaban haciendo? —. Pregunte.

—Solo estábamos jugando Neera, sólo que mamá se enojará si descubre que jugábamos a estas horas. Tenemos tantos deberes que no tenemos tiempo de hacerlo en el día—.

—Dime Neera ¿Te gustaría jugar con nosotras?—, preguntaba Clen.

—Si no le dices a mamá te prometemos que la siguiente ocasión serás parte de la “travesura” —.

—De acuerdo—.

—Ahora ve a dormir es tarde, también nosotros iremos a nuestra habitación. Te

amamos Neera. —Karida y Clementina me dieron un beso en la frente—.

Me dirigí a mi cama, ahora que lo pienso nunca traicionaría a las gemelas. Incluso si me hubieran excluido no sería capaz de delatarlas. Las quiero mucho. Gracias a ellas pude adaptarme rápidamente a la vida en mi nuevo hogar. Pero ¿Qué clase de juego era ese? Tal vez, escondían cosas en su ropa y apostaban por encontrarlas. ¿Por eso se daban pistas? Y en la oscuridad. Eso tiene sentido además de que suena divertido. Me muero de ganas por jugar con ellas la próxima vez.

\* \* \*

—¿Kari?—.

La puerta de mi habitación yacía abierta. Había una mujer de pie en el filo de la entrada. Movía la cabeza lentamente de lado a lado.

—¿Clen? ¿Qué hora es?—. Me levanté un poco tallando mis ojos.

La mujer se dio la vuelta y caminó por el pasillo.

—¿ A dónde vas? ¡Espera! —. Di un salto y corrí para encontrarme con ella.

—¿Neera? ¿Qué ocurre?—. Kari se asomaba por su cuarto.

—¿Escuché que me hablaste?—.

—Yo, no es nada Kari. Siento haberte despertado—.

—No te preocupes. Buenas noches—. Estaba por cerrar su puerta.

—Kari. ¿Podría dormir contigo?—.

—Bien sabes que sí—.

El desayuno de hoy eran huevos cocidos con arroz blanco de ayer. Evitaba el huevo, nunca me ha gustado cocido, lo soporto revuelto con jamón o frito con salsa roja.

—Neera. Hoy necesito que vayas con el Señor German. Le dejé encargado dos kilos de comida para las gallinas—.

—Si mamá—.

—Mamá la casa del señor German queda muy lejos y son varios kilómetros a través de la jungla. ¿La dejaras ir sola?—.

—Si. Ya tiene 13 años es hora de que aprenda a salir más de casa. Toma Neera.

—Mamá extendio su brazo y me dio un billete de cincuenta pesos—.

—Te deben de sobrar diez pesos y como recompensa son tuyos por hacer el mandado. Ahora termina tu comida porque se hace tarde—.

Kari y Clen me acompañaron a la puerta. Me pusieron las sandalias, el sombrero de hojas y la bolsa azul para cargar las semillas.

—Pasarás por algunas casas antes de llegar a la jungla. No hables con extraños ni aceptes nada de nadie. No te alejes del camino empedrado, te puedes perder y hay mucho animal ponzoñoso. —Dejaba en claro Kari—.

—Como serpientes y alacranes. Decía Clen—.

Me decían adiós desde la puerta. Parecían preocupadas. Imagino que es porque soy su hermana pequeña y es la primera vez que me alejo tanto de casa, nunca pasaba de las tierras de mamá.

El sol quemaba y el calor iba en aumento. Eran aproximadamente las once de la mañana, apenas llegué al pueblo y ya sudaba como si me estuviera derritiendo. Me detuve frente una tienda, entré y compré una botella de agua. Ahora sólo me quedan cinco de los diez pesos que me regalo mamá. Cuando pasé de regreso compraré chocolates, tengo ganas de uno con almendras.

La entrada a la jungla era muy clara, el pueblo la mantenía a raya, parecía como si una pared invisible evitara que todo ese conjunto de lianas se tragara todo a su paso. Salía un aire húmedo y pesaba respirar, ahora me faltan unos cuantos kilómetros. Le di un trago a mi botella de agua y comencé a adentrarme en la verde espesura.

—¡Hey!—. Seguí caminando ignorando el grito.

—¡Hey! ¡Niña te estoy hablando!—, alcance a ver quiÉn era cuando se puso frente a mí.

Era el niño de ojos verdes del mercado.

—Hola—.

—¿Vas a entrar sola? ¿Enserio?—.

—Sí. Tengo que ir con el Señor German—.

—Eso está lejos. Yo iré a mi casa ¿Te importa si voy contigo parte del camino?—.

—¿Eh? Pues, bueno—.

Caminábamos en silencio. Las gotas de sudor le recorrían el rostro, su cabello era un desastre, había rasguños en los brazos y tierra en todo su cuerpo. Parecía que se había caído de un acantilado y apenas se pudo sacudir el polvo. El canto de una gran diversidad de aves hacían eco, era difícil adivinar de que dirección provenían. Yo sólo conocía a las guacamayas, muchas llegaban y descansaban en el techo de la casa. Una vez descubrimos un nido en el tejado, eran muy parlanchinas y hacían ruidos a cada rato. Mamá a veces maldecía sus sonidos molestos.

—¿Y para que irás con el Señor German?—. Hizo un intento por romper el hielo entre nosotros.

—Mi mamá me encargo comida para las gallinas—.

—Ya veo. ¿Has probado el pan de calabaza que prepara su esposa?—.

—Sólo una vez. Cuando fue el turno de Clementina de comprar las semillas nos envió un pan completo. Me sorprendí de lo enorme que era—.

—Nunca te dije mi nombre. Me llamo Joel y ¿Tú?—.

—Neera—.

—Que nombre tan poco común. Pero eso lo hace más especial—. Joel esbozo una sonrisa. Parecía que la luna había salido de su boca.

Pasamos el tiempo platicando sobre el pueblo. Descubrí que también le gustan las manzanas tanto como a mí y el estofado especial de mi madre. Decía que no existía nadie en el mundo que conociera la misma receta. Ella decía que sólo una mujer fuerte podría prepáralo, había muchos vegetales que cortar y mucha carne que golpear para que quedara suave.

Joel se despidió de mí cuando el camino se dividía en dos.

—Yo vivo en esa casa. Señalaba. —Eres bienvenida cuando quieras—.

—Muchas gracias—.

—Ya no falta mucho para que llegues a tu destino. Mucho cuidado—.

Se alejó tranquilamente. También proseguí mi camino, perdí la cuenta del tiempo. Los arboles tapaban el sol de manera que no podía deducirlo por las sombras.

Dibujé una sonrisa tonta en mi rostro. Es un buen muchacho, a pesar de lo sucio que estaba. Un escalofrío me recorrió, era la primera vez que escuchaba tanto silencio y tanto ruido a la vez. No había gritos de animales y estaba a una profundidad de la selva que no había ruido de civilización. Los árboles estaban desesperados, sentía el crujir de sus ramas y las hojas moverse de un lado a otro, el viento desapareció. Traté de ignorar ese sentimiento, pero me fue en vano. Escuchaba susurros.

—El miente, Siempre lo hace—.

—¡¿Quién está ahí?!—.

Caminé un poco más apresurada. Los árboles se movían más, creí que caerían sobre mí.

—Tú sí escuchas. Escucha. No lo ignores—.

Corrí. El miedo me invadía y mis piernas se entumecían. Corrí y corrí, no pensaba más que en eso. Escapar. Lo susurros atraviesan mis tímpanos.

Mire hacia atrás y no había nada, tropecé con algo. Me había hecho una herida en la rodilla. Me ardía.

—Él lo pagará —.

No sé como describirlo. Pasó unos segundos frente a mis pupilas y desapareció. ¿Piel azul? No sé exactamente que era, parecía una persona pero al mismo tiempo un animal. Su mandíbula colgaba y parecía que sus extremidades estuvieran suturadas con hilo muy grueso.

Mi corazón iba a mil por segundo. Tengo que calmarme. Me puse de pie y me sacudí. Traté de caminar como si nada pasara, sin embargo las manos me temblaban y mi respiración se cortaba. Necesito un abrazo, si piensa en eso. Estar en el pecho de las gemelas y ayudarles a trenzar su cabello. Si veo algunas flores las recogeré y haré una tiara. Paso, paso, gota, paso, gota. Las lágrimas salen por sí solas, se combinan con el sudor y caen al piso como grandes gotas de lluvia.

Al fin veo la casa del Señor German. Necesito ver gente. Toqué la puerta y no sé escuchaba nadie. No por favor, no me hagan eso, toque más fuerte.

—¡Hola! ¡Por favor, abran! ¡Señor German! —. Nada.

—No te vayas. ¡NO TE VAYAS!—, se escuchaba al unísono. Eran como dos voces.

Otra vez no. Golpeaba la puerta, no tenía el valor de ver a ese extraño ser de nuevo.

—¡ABRAN!—

La puerta se abrió de repente y caí al piso por inercia.

—¡Neera! ¡¿Estas bien?!—. Clara, la esposa del señor German me tomó en sus brazos.

—¡German!—. Gritó. El señor German salió con hacha en mano.

—No hay nadie afuera. Neera ¿Qué paso? ¿Te estaban atacando?—.

Mi respiración seguía agitada. Cerraron la puerta y me llevaron hasta la sala.

—Te preparé algo para el susto—.

—Neera. Por favor dime que pasó—.

—Vi algo muy feo. No estoy segura que era, pero tenía desde la casa de Joel que me estaba siguiendo. Tengo mucho miedo. —Me solté a llorar—.

—Ya no llores. Todo está bien, te acompañaremos de regreso. ¿Cuánto va a querer tu mamá de semilla?—.

—Dos kilos al tanteo por favor—.

La señora Clara regresó con un vaso de leche fría y galletas de avena. Tomé una galleta y la remojé en la leche, esta era la segunda vez que venía a esta casa. Aunque la primera vez no pase de las orquídeas que cubrían la entrada.

La familia del señor German era agradable. Sólo tenían un hijo. En las paredes había fotografías de la primera comunión de su hijo, sus ojos a penas se veían y su cabello lo tenía bien peinado hacia atrás. Traía una biblia en un brazo y una vela en la mano. En otra fotografía se veía el señor German pescando con su hijo, ahí se veía más grande parecía de mi edad.

—¿Estás viendo las fotos?—. La señora Clara me interrogaba. —Son muy bonitos recuerdos que nos quedan. Él es Felipe. —Descolgó una foto y me la entregó. —Ya tiene mucho tiempo que se fue a la ciudad a estudiar. Espero que no se haya olvidado de sus viejos—.

—¿Vino hace dos meses no?—.

—SÍ. ¿Lo recuerdas? Esta de muy buen ver, varias veces la hija de doña Teresa me pregunta por él. Hay esa muchacha tiene desde que tenía siete años que le gusta mi Felipe y yo cada vez me salen más canas y ese muchacho nomás no me da nietos—

—Ya te dijo que el primero quiere terminar su carrera y buscar trabajo. Felipe va a ser el cambio de esta familia Clara. —El señor German puso en mi bolsa los dos kilos de semillas—.

—Vamos Neera tienes que regresar con tu madre. Clara acompáñanos, ya pasan de las tres y se me antojan unas tostadas con mole del mercado. –

—Sólo deja traigo mi bolsa—.

Me sentía más segura caminando de la mano de la señora Clara. El señor German no dejaba por nada su machete. Una vez nos contaron que él se encontró a una boa constrictor de cuatro metros con un bulto que aún se movía. Dicen que el señor German tenía una corazonada y abrió al reptil por la mitad encontrando nada menos que un niño de cuatro años. No sé si es cierto pues no me atrevo a preguntar y en casa las vecinas llevan muchas anécdotas de todo lo que pasa en el pueblo.

El recorrido se pasó rápido y en cuanto salimos de la jungla dejé escapar un suspiro de alivio, le di un último vistazo a la selva. Apreté más fuerte la mano de la señora Clara. No fue sólo una voz, ahora la veo. Realmente tenía la piel azul, el cabello rubio lleno de basura y tierra. Estaba empapada y soltaba agua de su boca, su mandíbula se balanceaba mientras hablaba.

—Tienes que ayudarme…—.

\* \* \*

—¿Quieres jugar?—.

Había pasado una semana y no he salido de la habitación de las gemelas. No puedo dormir sola. Me aterra volverla a ver. Cuando mi madre me vio de la mano de la señora Clara y el señor German con su machete, una expresión de espanto se plasmó en su rostro. No paraba de preguntarse qué había pasado. Escuchaba cómo mencionaban mi desesperación por entrar a la casa del señor German y de las heridas que tenía en las rodillas. Subí las escaleras corriendo, llegué a mi habitación y lloré. Lloré soltando todo lo que me había guardado desde que salí de la selva. No quiero regresar ahí. Karida no se dejaba de preguntar que había pasado y Clementina me ofrecía dulce de leche, decía que los dulces siempre alegran un rato amargo. Rodeé con mis temblorosos brazos la cintura de Clem, estaba más ancha. Su carne se hundía al contacto y su perfume creaba una explosión de sensaciones en mi cabeza.

Eran las nueve y mamá ya había apagado las luces. Estaba en el baño, mi vejiga estaba llena después de un día tan atareado. Orinar me tranquilizaba, me gustaba la sensación que recorría mi vientre después de que sacara todo el líquido amarillento. Tenía la costumbre de pensar, a veces duraba hasta quince minutos y mis piernas terminaban entumecidas. Abría la puerta en camisón con el cepillo de dientes en la boca y escuché como Karida y Clementina platicaban.

—No creo que debemos hacerle eso—.

—¿Por qué no? Bien sabemos que no es nada malo. Sólo es un juego ¿Verdad? –

—Pero Kari… Tiene trece años—.

—Nosotros dieciséis y tenemos con esto desde los once—.

Escupí la pasta dental y me enjuage la boca con agua. Quedó un sabor de menta en mis papilas. Salí del baño y me dirigí con las gemelas. Habían guardado silencio en cuanto escucharon la puerta abrirse.

—Perdón por molestarlas otra vez. —Bajé la mirada. Me sentía culpable en hacerlas dormir juntas conmigo—.

—No tienes por qué pedir disculpas. De hecho Neera ¿Quieres jugar?—.

—¿Jugar? Oh. Te refieres a lo que estaban jugando la otra noche. –

—Sí—, respondió Clen.

—Tal vez así puedas olvidar tu mala experiencia fuera. Prometemos que jamás te volveremos a dejar ir sola a algún mandado—. Afirmaba Kari.

Entramos a la habitación y cerraron la puerta con llave.

—Antes que nada tienes que prometer algo Neera. Nosotras siempre hemos confiado en ti y te queremos mucho. —Continuaba Kari—. Pero esto que vamos a enseñarte es algo… no sé cómo explicarlo, emm… es algo normal y extraño al mismo tiempo—.

—Pero te gustará lo prometemos—. Me abrazaba Clen.

Sonreí al escuchar esas palabras. Me hacía sentir bien tener tanto cariño y la confianza de las gemelas.

—Quítate el camisón—.

Sonó como una orden. Las gemelas estaban frente a mí esperando algún movimiento.

—¿Qué estás esperando? Quítatelo o ¿Quieres que te ayudemos?—. Una sonrisa

traviesa se dibujaba en sus redondos rostros.

Kari miró a Clen con aprobación y se acercó, movió los tirantes de mi camisón dejándolos caer por mis hombros. La tela bajaba cuando llegó al nivel de mi pecho por inercia lo sostuve.

—Déjalo caer Neera. Déjanos ver lo hermosa que eres—.

—No entiendo nada. Moví mi brazo y la prenda cayó hasta el piso. Quedé sólo en bragas. Kari pasaba sus manos por mi rostro, acarició mi cuello y bajó hasta mi pecho.

—No tengas miedo, esto sólo es un juego Neera. —Y una muestra de cariño—.

Karida me besó la frente, la punta de mi nariz y la superficie de mis labios, repitió lo último dos veces pero cada vez duraba más tiempo en contacto.

—Abre un poco la boca—.

Ahora el beso se hizo más pronunciado. Introdujo su lengua y acarició el borde de mi paladar. Daba cosquillas. Sus labios jugueteaban con los míos, al principio no sabía cómo responderlo pero comprendí que tenía un ritmo.

Clen pasaba sus manos por mi espalda.

—Que piel tan suave tienes Neera—.

Distinguía sus dedos resbalando y después algo húmedo. Cada vez que me mordía un escalofrío pasaba entre mis piernas. Había también un cosquilleo en mi vientre.

Los besos se hacían más húmedos y las manos de Clen terminaron en mis glúteos. Los apretaba mientras seguía masajeando mi espalda. La boca de Kari bajo por mi cuello y después a mi pecho. Nunca le había prestado atención a las puntas, Kari los lamía y succionaba como si estuviera comiendo una paleta de hielo en verano. Cruzaba su mirada con la mía, me mordía los labios y dejaba escapar algunos suspiros. ¿Qué se debe de hacer cuando uno tiene tantas sensaciones en su cuerpo?

Clen desabrochaba su camisón, Kari se quitaba las bragas.

—Viste como Kari te tocaba. Ahora haz lo mismo conmigo—.

Clen tomo mis manos haciéndome rosar las puntas. Los apreté, me acerqué tratando de imitar lo que Kari había hecho. Su pecho era redondo y rosado. Cada parte de su lechosa piel parecía seda al tacto. Succionar, moder y lamer. Sabía dulce, sabía a su olor de vainilla y canela. El rostro de Clen se veía complacido, el escalofrío se extendió por mi espalda.

Kari observaba mientras su mano se escondía en su entrepierna.

—Dime Neera. ¿Cómo se siente?—.

—¿ Te gusta?—.

Solo asentí. Me sentía un poco avergonzada, mamá no permitía que nos tocáramos el pecho o entre las piernas, decía que eso era pecado. Que Dios observaba todo lo que hacíamos, pero si Dios está viendo espero que le guste el escenario.

Kari se acercaba y bajo suavemente mis bragas. Kari y Clen intercambiaban miradas como si ya hubieran practicado todo lo que hacíamos en ese momento como si llevaran un conteo en la cabeza un, dos, tres. Bajaba por completo mis bragas. Un, dos, tres. Pasaba su lengua desde mi entrepierna hasta el ombligo. Me solté de los brazos de las gemelas. No sé cómo describir la sensación que experimente de ese simple contacto.

—Perdón—.

—¿Quieres que paremos aquí?—.

—No. Quiero seguir jugando—.

Había una sonrisa enternecedora en sus rostros.

—Te enseñaremos algo sencillo. —Clen pasaba su lengua por mi boca—.

—Abre las piernas—. Kari ordenaba.

La mirada de las gemelas cambio, me atravesaban y entre cada roce entre nuestra piel me perdía más y más en esas sensaciones. Sus mordidas, los lengüetazos y rasguños que entre las tres nos proporcionamos. Es un sentimiento nuevo. Era como cuando me quedaba en su habitación vacía y me hundía en el aroma de sus ropas. Tenía sus manos en mi entrepierna y tenía la intención de hacer lo mismo. Aunque ellas aún tenían sus bragas introduje mis pequeñas manos entre los pliegues de encaje y de su gruesa piel.

—Justo ahí Neera—. Había gemidos y sonrisas.

—No te olvides de mí—. Clen tomaba mi mano dirigiéndola por debajo de sus bragas.

Sus pechos se agitaban, los lamía cada vez que se acercaban a mi cara. Nuestros cuerpos frotaban unos con otros, había sudor y humedad que emanaba de nuestra entrepierna, era pegajosa pero mis dedos resbalaban con facilidad.

Mi cuerpo se entumecía y las gemelas apretaban sus piernas. Sus gemidos se apagaban en cada beso y la mirada provocadora se limitaba a recorrer cada punto que nuestras manos habían tocado. Esto es mejor que bailar entre mariposas.

\* \* \*

—Creo que estar oculta entre las sábanas de su habitación ha sido mi más grande pecado. Pero no solamente estaba envuelta en ellas si no que las acariciaba y en mi mente pasaban tantas ideas que me introducían a un mundo donde la tela era parte de su piel. Dígame padre ¿Usted lo considera realmente un pecado?—.

El padre quedó en silencio por un momento, parecía que se había quedado dormido después de toda la historia que le conté.

—¿Dijiste que lo deseas carnalmente?—.

Sigue creyendo que hablo de un hombre. No importa cuántas veces le repita que son mis hermanas, aunque nunca le he dicho que sean las gemelas, no puedo contarle a nadie de nuestro secreto.

—No sabía que se podía anhelar a una persona de esa manera—.

—¿Cuántos años me dijiste que tenías?—.

—Catorce—.

No volveré al templo. Tengo que buscar a alguien que pueda ayudarme a resolver mi gran incógnita. No sabía si hablarlo directamente con las gemelas, pero hay algo en mi interior que me hacía temblar de sólo imaginar la reacción que tendrían. Desde hace un año que comenzamos nuestro juego secreto y creo que estoy comenzando a confundirme. Contarle a mamá no era una opción.

Sus rostros se albergan en cada uno de mis pensamientos, su belleza se refleja en cada flor que arranco del jardín de mamá, sus ojos resaltan entre los detalles de las alas de las mariposas. ¿Será amor? ¿Así como en las escenas que pasan en la televisión? Mamá pasa todas las tardes observándolas. Hay ocasiones en las que se pone emotiva, llora , suspira y hasta sonríe cuando el karma afecta a la malvada que no deja a la pareja de enamorados estar junta. Si eso es amor, ese no es mi caso.

Regresé a casa aun pensativa. Cuando levanté la mirada me encontré con Joel, no esperaba verlo por aquí.

—¡Oh mira! Ahí está Neera. Hija, Joel vino a buscarte—.

Joel me saludo silencioso. En cuánto mamá se metió a casa Joel parecía relajarse, tal vez es más tímido de lo que creí.

—¿Cómo has estado Joel? Tenía mucho tiempo sin verte—.

—Si. Mi viejo ha estado comerciando mucho en la ciudad y me toca a mí ayudarlo,

más ahorita que estamos de vacaciones en la escuela. Imagino que tú también estás muy atareada aquí—.

—Ni lo menciones. Me traen de un lado a otro en el pueblo, aunque trato de alejarme lo más posible de la selva—.

—Sí escuché un poco sobre eso. ¿Qué fue lo que realmente paso?—.

—No vas a creerme aunque te lo dijera. –

—¿Si te invito un helado me contarías? –

Su mirada era simpática. A pesar de lo pocos meses que tenía sin verlo estaba más alto y fornido. Tenía el cabello más corto pero igual de alborotado, había una mezcla de sudor y tierra en sus brazos y partes de su rostro. Tenía el impulso de quitarlo pero me contenía, no sé de qué manera se lo tomaría.

Caminamos hasta la única heladería del pueblo. Pedí una de chocolate con vainilla y él una de limón. Parece que tenía más calor que antojo de algo cremoso. Nos sentamos cerca del muelle, podía sentir la brisa de las olas en mi piel descubierta. Ese día usaba una blusa de tirantes con un short que antes pertenecía a Kari, me quedaba un poco flojo pero para la temporada cálida era lo mejor.

—Sé que antes no pregunte sobre el incidente, pero creí que aún estabas asustada y no querrías hablar. –

—Tenías razón. Solo por el helado te contaré—. Le sonreí. —Sólo no me juzgues de loca. Cuando le conté a mi mamá dijo que sólo alucinaba y me dijo ridícula.

—No lo haré. Sé que en estos alrededores suceden cosas extrañas—.

—Bueno en el momento que nos separamos en el sendero de la selva comencé a escuchar una voz. Parecía una mezcla de tres voces, una más calmada que las otras. Parecían gritos de desesperación. Decían que el mentía. Que yo si escuchaba, que él lo pagaría. No sé de quien hablaba. Pedía que no la dejara. —Mis manos comenzaban a temblar—.

Joel pasó un brazo sobre mis hombros.

—No tengas miedo. Aquí estoy. —De alguna forma sus palabras calmaban mis impulsos—.

El calor de su cuerpo tranquilizaba mis temblores.

—Creo que lo más horrible fue lo que vi. —Joel me prestaba más atención—.

—Era una mujer semidesnuda, parecía golpeada, tenía sus extremidades mal cosidas como con hojas de palma. Su mandíbula colgaba y el cabello suelto. Se enredaba por todo su cuerpo. Un brazo estaba amputado y corría. Corría hacia mí, es por eso que estaba tan desesperada para entrar a la casa del señor German. Tenía mucho miedo—.

El abrazo de Joel se hizo un poco más fuerte.

—Lo más horrible es que creo que ahora se quién es la mujer que se para frente a mi puerta y me observa en las noches—.

La mirada de Joel se paralizó en mis ojos.

—Me odiarás por lo que voy a decirte pero no te dejará en paz hasta que encontremos el origen de todo eso—.

—No lo digas—.

—Tendremos que regresar a la selva—.

Hickerland

Estaba sentada en el parque como cada tarde alrededor de las 6 en la misma banca. Esa era especial, era la única en la que se podía observar el pequeño faro construido sobre el kiosco directamente. Sólo esperaba, silenciosa y quieta.

Una paloma se posó en la punta del faro. Movía su pequeña cabeza de lado a lado cuando sus miradas se cruzaron. Verónica sonrió, salto de alegría y subió las escaleras del kiosco. La paloma aleteo aterrizando en uno de los barrotes de hierro que rodeaban la construcción buscando la manera de encontrarse cara a cara con la pequeña.

\* \* \*

—¡Verónica!—.

—¡Misshio! Tenia mucho tiempo que no pasaba por el jardín—.

—Lo siento Verónica. Es agotador ser mensajera. Tengo que estar en 15 lugares a la vez y este par de viejas alas ya no me dan para cumplir con mi trabajo a tiempo—

Misshio agitaba sus alas dejando caer algunas plumas. Tal vez estaba en lo correcto. Sus plumas caían como el cabello de un anciano.

—Antes de que lo olvide, toma.- Misshio me daba un paquete envuelto en piel, olía a quemado—.

—¿Qué es? —.

—Ábrelo si quieres saberlo, no sé que esperas, cuidado que tiene una carta de nuestra Dinorah—.

Desanudé el listón y comencé a deshacer los delicados dobleces de la piel quemada.

—¿Un, un cuaderno?—.

—Úsalo. Escribe todo lo que vez carriño y no olvides la carta. Bueno me tengo que ir, estas cartas no se entregan solas—.

 \* \* \*

Verónica miraba inexpresiva a la paloma. Tocaba delicadamente su plumaje y sonreía. La gente de la plaza la miraban extrañada. Una joven entre ellos se le acercó.

—¿Qué haces pequeña? – sonreía amigable—.

—Me ha traído un mensaje de la realeza—.

—Vaya… suena interesante, lástima que el ave este muerta—.

—¿Muerta? Pero si está sonriendo ¿ Cómo alguien muerto puede sonreír?

—De la misma forma que alguien vivo puede llorar—.

—Eso no tiene sentido—. Verónica ladeaba su cabeza dudosa.

—Lo sé niña. Nada en este mundo lo tiene—.

Verónica miraba más allá de los ojos de la joven, ella sólo se limitaba a sonreír. Se arrodillo al nivel de la niña y le tocó la cabeza en gesto de afectó.

—¿Cómo te llamas pequeña?—.

—Verónica—.

—¿Tu mami esta por aquí?—

—¿Dinorah?—.

—¡Verónica!—. Una mujer de unos veintitantos años salió de entre la multitud.

—¿Es tu mamá Verónica?—. –

Verónica levantaba la vista, su rostro no cambió de emoción alguna al mirarla.

—Es la señora Mcphire—.

—¿Estás bien Verónica? Estaba muy preocupada por ti—.

La mujer se secaba las lágrimas, levantó a Verónica abrazándola fuertemente.

—Lo siento mucho señorita, Muchas gracias por cuidar a Verónica—.

—No se preocupe, debería de tener más cuidado. Le puede pasar algo. –

—Lo sé, gracias—.

—¿Necesita ayuda con algo?—.

La mujer se alejo con Verónica sin escuchar el ofrecimiento de la joven.

Regresaron a casa. La puerta de madera siempre crujía cuando la abrían y más en tiempos de frio. Verónica se quitó el abrigo y lo colgó en el brazo más bajo del perchero.

—Verónica- La señora Mcphire la miraba tiernamente. —Ya es la tercera vez que escapas—.

—Lo siento señora Mcphire—. Verónica entrelazaba los dedos detrás de su espalda.

—¿ Por qué me llamas así? ¿Qué no te he dicho varias veces que soy tu Madre? ¿Qué traes en las manos?—. La señora Mcphire tomaba del brazo a Verónica tratando de ver lo que ocultaba.

—Es solo una carta, me la envió Dinorah—.

—¿Podrías alguna vez dejar de inventarte todo eso?—.

—No estoy inventando nada señora—.

—¡Dime mamá!—. La señora Mcphire la agitó de los hombros. Había lágrimas en su rostro, no eran de tristeza desde hace más de 3 años esas lágrimas caían diariamente, cada vez que veía los ojos de su hija. Nunca le decía mamá. No podía tener una relación normal en la escuela. Estaba decepcionada.

Dejó ir a Verónica a su habitación. La señora Mcphire caminó a la sala y encendió la chimenea, el cansancio la rondaba y la cafetera silbaba. Pensó que una taza de café bajaría su inquietud, su cabeza estaba llena de malos recuerdos*. No podemos hacer nada con ella. Puede ser un caso de esquizofrenia, tiene que dejarla en observación. Hay un demonio dentro de cuerpo que lucha por salir. Tu hija es muy rara, deberías de ir a servicios especiales.*

—¿Qué hago?—.

\* \* \*

Había esperado mucho para que Dinorah respondiera mi carta. Sólo ha pasado una semana desde que se la envié pero sentí como si fuera un milenio.

*Mi pequeña*

*No te imaginas como ansió verte, pero aún no es el momento. Deberías mantener en secreto mi existencia cariño. Nadie puede ver las palabras escritas en este papel, ni los regalos que hice especialmente para ti. Obedece a la señora Mcphire y pórtate bien en la escuela. Quisiera saber de tus amigos y tu familia ya que nunca lo mencionas en nuestras conversaciones. Debe ser lindo poder convivir con más humanos como tú.*

*Con amor*

*Dinorah*

¿Amigos y familia?

Me arrojé a la cama dejando mis zapatos tirados.

—¿Dónde está? ¿Dónde demonios lo dejé?—.

Me asomé cautelosamente al escuchar esa voz, parece que estaba debajo de mi cama.

—¡¡¡AAAGGH!! ¿Por qué acepte este trabajo? ¡Todo era más fácil en el jardín!—.

—¿Hola?—.

—¡Humano!—.

Metí la mano para atrapar a la criaturita.

 —¡Suéltame bestia inmunda!, —gritaba y pataleaba—.

Parecía un hombre de treinta centímetros de altura. Tenía ojos verdes y cabello de un rojo naranja que brillaba con la luz de mi cuarto. Había tierra en toda su ropa. Cuando lo levanté su sombrero cayó al piso. Apenas podía sostenerlo con sus brazos infantiles.

—Quiero ayudarte, —La criatura dejó de pelear por unos instantes—.

—¿Tú ayudarme a mí? Por favor no me hagas reír mocosa. No podrías hacer nada, ni siquiera los poderes de Dinorah hace efecto en esto—.

—¿Conoces a Dinorah?—.

—¿Qué sí la conozco? Trabajo para ella niña. ¿Me puedes bajar?—.

Puse al hombrecillo sobre mi cama. Lo veía atentamente.

—Dime que es lo que buscas y tal vez te pueda ayudar a conseguirlo—.

—La caja de Poux—.

—¿Cómo es?—.

Es una caja más o menos del tamaño de tu mano. Cubierta de cuerdas y candados de madera. Tiene una inscripción al frente con el nombre del remitente y sólo una pieza de metal brillante en la tapa.

—Mmm. No recuerdo haber visto algo así en mi vida. ¿Cómo fue que la perdiste?

—Estaba a unas cuantas lenguas del sauce llorón y resbale por un agujero. De esa forma terminé aquí, debajo de está cosa enorme con olor a moho—.

—Esa cosa es mi cama. Ahí duermo cada noche—.

—Pues es muy rara. Nosotros acostumbramos a dormir abrazados bajo tierra. Pero

ese no es el punto. La caja estaba conmigo, tiene que estar por aquí—.

Verónica y el hombrecillo movían todas las cosas de la habitación. Muñecas, hojas de papel acumuladas con dibujos de hace años hechos a crayón. Cada vez que veía sus cosas viejas comenzó a sentir melancolía. Tenía algunos recuerdos borrosos de gente con batas blancas y pastillas que la señora Mcphire le hacía tomar. Tal vez su vida no fue tan mala, tal vez todo fue un malentendido y es como Dinorah decía en su carta, nadie puede ver lo mismo que ella.

Un brillo la cegó por un momento provenía de los libros que se apilaban en un rincón. Verónica movió la pila y encontró una pequeña caja. La caja de Poux.

Era más bonita de lo que el hombrecillo describía, tenía en todos sus lados imágenes de personitas y seres alados. Era toda una obra de arte especialmente los candados de madera. Toco la parte metálica y en automático las cuerdas comenzaron a ceder, los candaditos giraron y con clic la caja quedó lista para abrirse.

—Oye niña. ¿La encontraste?—. El hombrecillo se acercó.

Verónica no escuchó cuando le llamaban, tomó la tapa y comenzó a abrir la caja lentamente.

—¡No! ¡NIÑA SUELTA ESO!—.

Cuando la abrió completamente una espesura negra invadió el cuarto. Giraba alrededor de Verónica y se introducía salvajemente por su boca. Verónica quería gritar, el dolor era insoportable. Sentía su garganta arder y cómo si sus ojos quisieran salir de sus cuencas. Perdió el conocimiento cuando sintió un líquido resbalando de su rostro y terminó en el piso. El hombrecillo cerró la caja evitando que todo el contenido se vaciara en la niña.

—Oh no. Niña, ¡Niña! ¡Hey no puedes hacerme esto! ¡Niña! –

Se subió sobre ella tratando de encontrar algunos signos de vida en el cuerpo inerte de Verónica.

\* \* \*

Abre tus ojos. Mi niña, ábrelos un poco. Admira.

Verónica sentía su cuerpo pesado. Había una sensación de tierra y pasto entre sus dedos. Trato de levantarse un poco. Lo último que recordaba era al hombrecillo y una extraña caja.

—Al fin despiertas. El hombrecillo tiro al suelo un pequeño saco. —Trata de no moverte tanto, aun no se que tanto daño te hizo la caja—.

—La caja de Poux. ¿Dónde está? ¿Dónde estamos?—.

—Ahora solo es una caja quebrada y vacía, pero eso ya no importa. Bienvenida a Hickerland – El hombrecillo hizo un gesto señalando a todo alrededor.

—¿Cómo te sientes?—.

—Un poco mareada—.

—Ten come un poco. El hombrecillo le dio el saco.

Verónica sacó algunas semillas y bayas de varios colores. Le recordó cuando la señora Mcphire le compraba paquetes de lunetas, Verónica se los vaciaba en la boca y creaba una mezcla de chocolate y saliva.

—Por cierto, nunca me presente formalmente. Me llamo Thomson—.

—Yo soy Verónica—.

—Es un placer, creo. Aunque no fue muy agradable el habernos conocido de una tragedia—.

—Dinorah me escribió una vez que las mejores amistades surgen de las cosas malas—. Verónica sonrió.

—Bien, fue suficiente descanso. Vámonos—.

—¿A dónde iremos? Ni siquiera sé cómo me trajiste aquí –

Solo te diré que pesas más de lo que te ves y eso que tus huesos asoman mucho por tus rodillas. Iremos al sur, buscaremos al remitente de la caja—.

Thomson se sacudía la tierra que se había impregnado en sus pantalones, tenían un color verde opaco muy peculiar. En ocasiones Thomson pasaba desapercibido cuando trabajaba en el jardín. Verónica se levantó con algo de esfuerzo, aún no se sentía ella misma del todo. Empezó a sentir un extraño hormigueo en su brazo derecho, al poco rato se transformó en dolor. Caminaba ignorando esa sensación.

—Honestamente Verónica no veo nada desde aquí. ¿Te molestaría si… WOA!!!—

Verónica estaba en la tierra boca arriba, de sus ojos emanaba un aire oscuro que penetraba la piel de su brazo. Comenzaron a salir ramas, su piel caía trozada y la sangre escurría por todos lados. Thomson no sabía que hacer trataba de acercarse y cubrir las heridas, pero sus esfuerzos eran en vano con su tamaño en comparación al de ella. Los gritos de Verónica se ahogaban en sus propias lágrimas. Las ramas se dejaron de mover y el dolor desaparecía lentamente, aunque no del todo.

—¿Ve…Verónica?—.

—Thomson. Me duele—.

El brazo de Verónica había sido consumido por ramas de un árbol que ningún humano tenía conocimiento. No era tan grueso como un acre, ni un color tan oscuro como el árbol de cacao.

—¿Si puedes caminar?—.

—Creo que sí—.

—Tenemos que darnos prisa—. Thomson subió por las ropas de Verónica.

—Por haya. Primero pasaremos por la ciudad—.

\* \* \*

En las últimas semanas algunas de las señoras del vecindario comenzaron a preocuparse por el extraño comportamiento de Verónica, así que iban a su casa y hablaban con su madre. Decían que la habían oído gritar en su habitación y que lanzaba cosas de un lado a otro. Una de las señoras aseguro verla saltar del techo de su casa, caer de pie y correr hacia las calles principales, cerca de media noche. Ella sólo asentía y para calmar los humos sólo decía: La llevaré nuevamente al médico.

La pequeña Verónica jugaba en el patio trasero de su casa, su madre se limitaba a verla sonreír, la veía saltar de un lado a otro, memorizaba sus pasos, las voces que hacía cuando hablaba o se inventaba sus historias. Esos momentos hacían sonreír a la señora Mcphire, momentos en los que su hija jugaba como una niña cualquiera.

—Verónica, tienes que regresar a la escuela—.

\* \* \*

La ciudad se iluminaba con miles de luces diminutas. Parecía un bosque lleno de luciérnagas.

—¿Qué estás mirando?—. Thomson gruñía. —Anda, si no nos damos prisa no sé qué pueda ocurrirte. ¿Qué nunca has visto una ciudad de noche?—.

 —No este tipo de ciudades—. A Verónica se le dificultaba un poco la caminata. Las ramas de su brazo arrastraban y en ocasiones se atoraban con algunas raíces que brotaban de la tierra. Thomson iba sobre el hombro de la niña.

 —Pareciera que no sales mucho de casa—. Thomson se sostenía fuertemente del cabello castaño.

—Nunca he salido de Nördlingen—.

—¿Así se llama tu lugar de nacimiento?—.

—No. Mamá dijo que nací en un hospital—.

—¿Un hospital? Mmm… y ¿Cómo es ese lugar?—.

Verónica bajo la mirada.

—Es de esos lugares que no quieres recordar—.

Thomson observó atentamente la reacción de Verónica.

—¡Oh mira! Ya casi llegamos—.

Llegaron hasta una muralla un poco más grande que Verónica, ella podría subirse sin problemas. Parecía concreto con piedras de obsidiana incrustadas y algunas con formas no naturales que en comparación con el tamaño de los ciudadanos pensarías que tardaron años de trabajo.

—¡Alto! ¿Qué hace una humana aquí?—. Un pequeño ciudadano con armadura reluciente le hizo frente a Verónica.

 —Yo…—.

—¡Abrid paso a la gran Verónica buen hombre!—. Thomson recitaba desde su cómoda vista.

—Hemos venido desde el mundo humano buscando a Dinorah. Como podrá ver Verónica está bajo los efectos de la caja de Poux y necesita ayuda rápido—.

La rama del brazo de Verónica crecía un poco más, cada vez se abrían más paso por la carne. Verónica se quejó por el dolor. El guardia se quedó un poco impactado observando el brazo de la niña. La caja de Poux era muy conocida, nadie se había atrevido a echarle un vistazo siquiera, se preguntaba como tal instrumento había terminado en esas manos infantiles.

—¿Qué hace un ciudadano con una humana?—.

—El nombre de este humilde ciudadano es Thomson. Soy un jardinero del prado. Nuestra señora Dinorah me encomendó la tarea de llevarle la caja de Poux al hombre de ojos escarlata, pero mis descuidos llevaron horribles consecuencias para esta humana—.

\* \* \*

—¿Alguna vez les conté cuando odio que me hagan esperar? Pues si nunca lo hice creo que este es un buen momento para que lo sepan—.

—Pero abuela ¿No vas a terminar de contarnos tu historia?—.

—Si cariño, ¡Pero tu madre no se apura con esas galletas!—. La anciana agitaba el bastón al mismo que gritaba maldiciones al aire.

—Ya casi mamá ¿Por qué no prosigues con la historia para matar el tiempo?—.

—Tiempo. Tiempo es lo que menos se tienen en mi condición. Aunque, esta no es la primera vez que lucho en su contra—.

\* \* \*

En aquella ciudad, los ciudadanos eran pequeños. Eran muchos Thomson de diferentes colores y tamaños. Miraban extrañados aquellos gigantescos pies que bajaban y subían con gran delicadeza y cuidado. Algunos soltaban la carcajada creyendo que la gigante bailaba. ¿Quién bailaba sin música?

Para los ciudadanos, el bailar sin música era de los mejores chistes que se podían actuar. ¿Actuar?

Los ciudadanos no paraban de salir de sus hogares, los niños gritaban para llamar la atención de Verónica. En ocasiones ella volteaba y agitaba sus ramas en señal de saludo.

—Nadie me había dado la Bienvenida de esta manera—.

—Concéntrate niña—.

Thomson se ataba un mechón de cabello de Verónica en su cintura. De la forma en cómo se agitaba, Thomson perdía el equilibrio y temía caer desde donde estaba.

—Esto no es nada comparado a lo que te espera en Hickerland—. Thomson miraba el cielo. Era rojizo.

—El hombre de ojos escarlata ya está en su labor—.

—¿Quién es ese hombre del que hablas?—.

—Él es el remitente de la caja. No sé cómo hablarte de él, no puedo describirlo porque todos lo vemos de formas diferentes—.

—¿Y de qué manera lo has visto tú?—.

Thomson desviaba la mirada buscando un lugar donde pasar la noche.

—Del ser que más amo—.

—¿Y cómo distingues al hombre de ojos escarlata y al ser que más amas?—.

—Tú sola acabas de responder eso, por sus ojos escarlata. Dirígete a esos campos. —Descansaremos ahí hasta que amanezca—.

En los campos había comunidades de tres hogares. Era usual que tres generaciones de la familia vivieran juntas. Van de tres colores y todas en orden del más claro al más oscuro. Las luces se desvanecían con el paso del tiempo dejando a Verónica depender de la Luna. Se dejó caer en el sendero.

—¡Hey! Tranquila—.

—Lo siento. Estoy muy cansada, camine demasiado—.

Verónica miraba al cielo tratando de recordar al menos lo que había hecho aquella mañana antes de terminar en Hickerland. Tal vez, hacía lo mismo que ahora, recordar. Como esos momentos en los que mamá la llevaba a la escuela. Suspiro, cerró sus ojos y se dispuso a dormir.

Pasaron horas, minutos realmente. Parpadeaba y en el escenario oscuro apareció una diminuta chispa. Una estrella quieta y tintineante.

—Se parece a mí—.

El sol comenzaba a salir, los ciudadanos salían de sus casas a barrer. Toda la familia hacia la misma tarea a la vez. Se ahorra tiempo, decían ellos. Las escoban variaban en tamaños y formas también. Algunas muy rectas, otras parecían que el palo lo acababan de cortar de una rama de árbol.

\* \* \*

—¡Despierta Verónica!—.

—¿Thomson?—.

Los niños de la clase comenzaron a carcajearse. No es la primera vez que Verónica se queda dormida en clase.

—Ve a la sala de la directora, ahora mismo—.

Verónica se puso de pie tomando su hombro.

—¡YA!—. El profesor perdía la paciencia.

Verónica caminaba en calma. En la escuela todo parecía tranquilo y eso le gustaba. El golpeteo de sus zapatos contra el piso se sentía hasta en la sangre. Clank, clank. Parecía que tenía un ritmo. Clank, clank. Hasta dan ganas de mover el cuerpo.

—¿Otra vez Verónica? Ya es la octava vez esta semana—. La directora se impuso en su camino.

Se detuvo en seco sin mover su mano de su hombro.

—¿Qué ocurre? ¿Te duele?—.

—Tengo una rama en el brazo—.

—Una rama—.

—No debí abrir esa caja—.

—¿Cuál caja? ¿De que estas hablando?—.

Los ojos de Verónica se hacían cristalinos y las lágrimas comenzaron a salir.

—No quiero ser un árbol—.

La directora se quedó sin palabras.

—Verónica. Sólo ve a la oficina—.

La niña camino frotando sus ojitos y sollozando en silencio.

\* \* \*

—Te digo que a esa niña le pasa algo, habla de monstros y nombres que nunca he escuchado—.

—Pero nosotros no podemos hacer nada—.

—¡Claro que sí! Hay que averiguar cómo vive en su casa ¿Qué tal si su madre es la que le mete esas ideas?—.

—No lo creo, es una buena mujer. Todas las ocasiones que la he citado se le ve que es consciente de que su hija tiene algo. Me comenta que la niña va al médico y tiene tratamiento—.

—Al menos deberíamos de recomendarle un mejor psicólogo. ¡Esa niña está loca!

¡Qué curioso! Tienes los ojos de tu madre

Parte I

Perdido, o yo creía que lo estaba. Era una linda noche de invierno, había niños que a pesar de la inmensa oscuridad jugaban al escondite. Me pregunto cómo es que no tienen miedo. Recuerdo que a su edad yo temblaba y gritaba con tan sólo pensar que la noche se acercaba y aunque mi hermana durmiera a mi lado, no calmaba el extraño sentimiento de pavor que me helaba la sangre.

Caminaba aún sin rumbo, los lugareños me miraban extrañados, bien sabían que no era del pueblo. Normalmente en los pueblos pequeños todos se conocen, y lo sé por qué yo también provengo de uno.

Las viviendas comenzaban a hacerse más pequeñas, algunas con jardines extensos que parecían cementerios y otras tan rústicas que daban la impresión de que un simple viento podría derribarlas.

Saqué del bolsillo de mi saco una carta, la desdoble y trataba de leer nuevamente las indicaciones que me había mandado mi abuelo. Me había ordenado visitar a un tal Guillermo Zimmers, en la carta solo mencionaba que era un pariente lejano aunque el apellido no me sonaba para nada familiar, ni siquiera recuerdo que ese nombre estuviera en mi árbol genealógico, aún así, órdenes son órdenes.

Seguía, el camino empedrado se hacía más difícil y podía sentir el filo de las piedras en las plantas de mis pies, deseo tanto que esto se termine.

Admito que estoy perdido, no sé dónde termine. Lo único que alumbra la calle es un poste de luz parpadeante y el miedo a la oscuridad no ha desaparecido después de tantos años. Ahora que lo pienso no debería detenerme, normalmente pasan cosas malas en este tipo de situaciones, ladrones o peor aún, algún espíritu andante deseoso de venganza. La luz dejo de parpadear y la oscuridad lo invadió todo. Alcanzaba a distinguir el camino y mis manos cuando las acercaba a mi rostro, pero he llegado a la conclusión de la suerte no está de mi lado esta noche, y como he llegado eso pues…. Acabo de escuchar a una chica gritar.

La sangre se me congeló, sólo pensaba en correr y salir de ahí, pero había un algo que me daba curiosidad o tal vez sólo eran esas ganas de ayudar a la *dama en peligro*. Sé que esto no terminara bien. Saqué de mi bolsillo una navaja y me encamine hacia el origen del sonido. Su grito sonaba cada vez más desesperado y se apagaba en ocasiones. ¡PIEDAD! Se escuchaba cada vez más cerca. Alcanzaba a ver una silueta retorciéndose en el suelo. Corrí hasta ella al mismo que eche una mirada rápida a los alrededores para ver si no había nadie alrededor.

—¡Hey! ¿Estás bien?—. Me arrodillé tomándola de los hombros.

—¡NO DEJES QUE ME LASTIME! -

—¡Tranquila! ¿De qué hablas? ¡No hay nadie aquí!—. Trataba de tranquilizarla.

La ayude a ponerse de pie, por el sonido creo que se sacudió el polvo. Su voz volvió hacia mí.

—Por favor, tienes que ayudarme—. Sollozaba.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Quién te estaba atacando?—. Trataba de conseguir información.

Se quedó callada, me tomo del brazo y me jalo un poco. Me llevo por un callejón, había una lámpara que colgaba de un tejado, al menos era lo suficiente para alumbrar la calle. Conseguí observar bien a la chica, el foco amarillento le daba a su cabello colores naranjas y le llegaba hasta los hombros, era muy bonita o sus mejillas coloradas me hacían pensar eso.

Se sentó en una jardinera, aún temblaba y se abrazaba ella misma.

—Tengo miedo—.

No sabía que decir en ese momento.

—No me has respondido ¿Quién te estaba atacando?—.

—Si te digo me matará—. Sollozaba.

—Pero no hay nadie aquí…—.

Se frotó los ojos y suspiró.

—Yo… yo, te diré—.

Se levantó y cuando iba a comenzar a hablar un sonido espantoso aturdió mis oídos, la chica cayó al piso con un agujero en la cabeza. Quería correr, escapar de aquella horrible escena. Traté de ubicar el origen del disparo y de la nada sentí un impacto en mi pecho caí al piso y comenzaba a perder el conocimiento. Mi sangre corría entre los huecos de las piedras. Había revolver apuntándome en la cabeza.

—¡Hey! ¡Eliot Despierta!—.